

De libertad y esperanza.
 En tanto implacable el clima
 Protege la santa causa,
 El hambre seca las carnes
 De la tropa aniquilada,
 Y en camino la fatiga,
 Y al descansar muerte y rabia,
 Del dictador orgulloso
 La jactancia anonadaban;
 Al fin toca en Acapulco
 Su fanfarrona arrogancia,
 Acapulco le detiene,
 Y Acapulco le rechaza,
 Y contra sus fuertes muros
 Su regio poder aplasta,
 Decidiendo al fin cuitado
 Una retrógrada marcha.

III.

REGRESO.

Dejando en la retirada
 Filas de insepultos muertos,
 Desairado y con rechifla
 De sus partidarios *mesmos*,
 Volvió á México Santa Anna,
 Y aunque sus villanos siervos
 Paliaron el triste fiasco,
 Al último no pudieron,
 Que á la fruta más sabrosa
 Nunca se le come el hueso.

Los leperillos cantaban
 Con un picaresco acento:
 ¿Y el Aguila, *valedores?*
 La Aguila salió *borrego*.

Junio 7 de 1896.

GRAN ROMANCE

QUE ENGENDRA EL CUERPO Y NO EXAGERA NI PIZZA.

I.

En los extendidos campos,
 Y en las empinadas sierras
 El plan de Ayutla tronaba
 Estremeciendo la tierra.
 Y aunque á Guzmán D. Gordiano
 Le dieran muerte violenta,
 Y aunque los viles sicarios
 Por adular á su alteza,
 Derramaran el espanto
 En las comarcas enteras,
 La sangre engendra rencores,
 La crueldad odios engendra,
 Y la libertad florece
 Bajo de la mano férrea.
 Enmedio de mil amagos
 La capital está quieta,
 Y el suspicaz espionaje
 Agitábase sin tregua.
 Ni el conato más remoto,
 Ni un suspiro, ni una seña,
 Ni el pasquín inesperado,
 Ni la clandestina imprenta;
 Nada, en fin, le daba aliento
 A la empeñada revuelta,
 Y hablaban de esto cuitados
 Y con espía á la puerta
 El coplero que esto escribe
 Y el noble *Pancho Cendejas*;
 Liberal hasta las cachas,
 Honor y prez de Morelia,

Ambos de entusiasmo llenos,
 Ambos sin una peseta.
 —El aislamiento nos pierde.
 —Yo bien lo miro, y los deja
 Sin una luz que á sus planes
 Extensión amplia les deía;
 Mas ya ves, domina el miedo,
 Y cuando el miedo campea
 El cielo brota amenazas;
 Son como esbirros las piedras,
 Y los susurros del viento
 Son voces que nos aterran.
 —Pues estaremos ociosos
 Lamentándonos como hembras?
 —¿Y tú qué opinas?—Opino
 Que acometamos la empresa,
 Que nos finjamos gran junta
 Que como foco aparezca
 De poderosos trabajos.
 En cautelosa reserva
 Imprimiremos proclamas
 En una escondida imprenta,
 Indicaremos los hombres
 A quien dirigirse puedan
 Los del Sur, y les daremos
 De acción y de vida muestras.
 —Mira bien que el caso es grave.
 —Yo me arriesgo. ¿Tú te arriesgas?
 Y juró ser inflexible
 La delirante pareja.

II.

¡Qué de espinas halló al paso
 La temeraria tarea!
 Ni un liberal se encontraba
 En la capital inmensa.
 Los indiferentes huyen,
 Los más amigos se niegan,
 Y aquí salen al encuentro
 De las instancias sospechas,
 Y Lagarde y sus esbirros
 De los dos no se despegan.
 En una humilde accesoria
 Situada junto á una acequia

Y detrás de un parapeto
 De verdura y de cazuelas,
 Con sigilo impenetrable
 Logró ponerse la imprenta;
 Y aquellas fueron proclamas
 De esas terribles que empiezan:
 ¡Mexicanos! Llegó la hora
 De romper nuestras cadenas;
 El robo, el asesinato,
 Que hoy nos hiere y que nos veja,
 A la voz de los caudillos
 Al fin cruje y bambolea.
 Mucho pueblo y mucha sangre,
 Mucha libertad, etcétera.
 A la vez confeccionaron
 Los de la Junta suprema,
 Que eran dos como notamos
 Al comenzar la leyenda,
 Listas de pueblos amigos,
 De ciudades y de haciendas,
 Para dar á las maniobras
 Mucho vuelo y consistencia.
 Y se buscó un pendolista
 Que barajaba las letras
 Como el más hábil suertero
 Con milagrosa destreza,
 Para que copiara todo
 En leve papel de seda.
 Mas faltaba un emisario
 Astuto que condujera
 Planes, papeles y cartas
 Con delicada cautela,
 A Don Juan y á su morada
 Llamada «La Providencia».
 En vano fueron pesquisas:
 Era la miseria extrema,
 Y los más dicen gestudos:
 Hombres, no me comprometan.
 Al fin un payo aparece,
 Alto cuerpo, carnes secas,
 Taimado, y según informes,
 Hombre de maña y de tretas.
 Se le compró con trabajos
 Una comercial ancheta
 De rebozos y pañuelos

Y de chácharas diversas;
 Se le dió cabalgadura
 Triste, perezosa y tuerta
 Y en el puño de una almohaza
 Los documentos encierran,
 Y que eran como el tesoro
 Que acopiaron mil tareas.
 Alanís, que así era el nombre
 Del que los mensajes lleva,
 Va provisto de una carta
 Para un comerciante, Cuenca
 Que debe darle recursos,
 Luz, conocimiento, señas
 Y avisos para que cumpla
 Su delicada encomienda;
 Parte Alanís, y atenciones
 Y mil cuidados le cercan,
 Quedando los conjurados
 En atormentada espera.

III

DELACIÓN.

Tras de penosas fatigas,
 Hambres y accidentes varios,
 Terribles para sabidos,
 Increíbles para contados,
 Llegó Alanís á la casa
 A que fué recomendado,
 Sin seguirlo la sospecha
 Ni su facha delatarlo;
 Mas fiero con su mensaje
 Y ya creyéndose en salvo
 Entre gentes de confianza
 Y entre ardientes partidarios,
 Con desenfado valiente
 Y con insolente garbo
 A Cuenca le dió las cartas,
 Pidióle plata y caballos,
 Y para darse importancia
 Y darle vuelo á su rango,
 Abrió á la almohaza la treta
 Que encerraba, acomodados,
 Los peligrosos papeles

De los que era fiel resguardo;
 Y después pidió, arrogante,
 Algún despejado cuarto
 Donde su hambre se aplacara
 Y olvidase su cansancio;
 Cuenca le prestó su auxilio
 Sobrecogido de espanto,
 Porque Santa Anna se hallaba,
 En Chilpancingo alojado
 Delirando de despecho,
 Brotando muertes sus labios;
 Como la rabia, implacable,
 Feroz cual tigre acosado
 Por jauría insosegable
 De pertinaces asaltos,
 Y alguien de los circunstantes
 Testigo de lo insensato
 De Alanís, fuése por miedo
 O por tener pingüe hallazgo,
 Con certero disimulo,
 Marchó de Santa Anna al campo,
 Pidió audiencia, misterioso,
 Y en minucioso relato
 De Alanís punto por punto
 Dió á conocer el encargo.
 Santa Anna todo temores
 Y zozobra y sobresalto
 Oyó al delator atento
 Y le pagó su relato;
 Luego y sin perder instante
 A sus esbirros dió encargo
 Que á Alanís aprisionaran,
 Y sin ruido y sin escándalo
 Lleváranle á su presencia
 Con rigor asegurado.

IV.

DESCUBRIMIENTOS.

Llega Alanís á Santa Anna
 Descolorido y convulso,
 Respondiendo á sus preguntas
 Inconexo y tartamudo;
 Se abrió la tremenda almohaza

Y al ver de datos el cúmulo
 Que la insurrección pintaba,
 Con poderosos recursos,
 Ardientes corresponsales,
 Dineros, poder, influjo
 De la República entera
 En los más salientes puntos;
 Vióse al frente de un abismo
 Y loco y sin disimulo
 A Alanís puso en tortura;
 Ocurrió á lo más astuto
 Para que indagara fieles
 Quiénes en México ocultos
 Remitían los papeles
 Para Alvarez y los suyos.
 En vano á Alanís al frente
 Del cadalso se le puso
 Y aunque el miedo le azuzaba
 Nada en regla decir supo;
 Volaban las conjeturas
 Y los más vivos é intrusos
 Dejaban á la malicia
 Sin pasadizo ni rumbo.
 En fin, atando sospechas
 Pudo adivinar alguno
 Que Cendejas se encontraba
 Como alma de estos asuntos;
 Manda Santa Anna le busquen
 De México en un suburbio
 Y á Chilpancingo le lleven
 Sin pérdida de un minuto.
 Entre inicuos tratamientos,
 Entre groseros insultos,
 Entre villanos ultrajes
 Ante Santa Anna se puso,
 Quien le miró refrenando
 Su arrebató furibundo;
 Mas Cendejas de antemano
 Fingirse loco propuso.
 Cual médico aprovechando
 De sus estudios el fruto,
 Haciendo gestos extraños,
 Estallando en exabruptos,
 Respondiéndole al tirano
 Con dichos necios ó chuscos,

Mas al mandar le fusilen
 Con viveza expuso alguno
 Que era cuerdo le dejasen
 Y con tratamientos duros
 A delatar le obligasen
 A sus cómplices ocultos.
 El médico Vanderlinden
 A la ejecución se opuso,
 Jurando que estaba loco
 Cendejas, y que era injusto
 Que la imprevisión y el miedo
 Le lanzasen al sepulcro;
 Entonces á unos caribes
 Le entregaron, y los brutos
 Se encargaron de su guarda,
 Para que con vil abuso
 Sin cesar le atormentasen,
 Le circundaran de apuros
 Y no le dejasen quieto
 Ni un suspiro, ni un segundo.

V.

EL DEMENTE.

En tanto el pobre demente
 En su prisión solitaria,
 Espiado por todas partes
 Y rodeado de asechanzas,
 Se entregaba al desempeño
 Del papel que le salvaba,
 Y ya danza entretenido,
 Ya se acaricia ya canta
 Y ya entre arranques de furia
 Se retuerce ó se desmaya,
 Sus guardianes implacables
 De panteras con entrañas
 Le azotan, le martirizan,
 Del sueño crueles le arrancan.
 Y su comida indecente
 Con mil menjurges le amargan.
 Ya astutos le comunican
 Que se ha fugado Santa Anna,
 Para observar si en su rostro
 Miran de contento trazas

Y por donde quiera hay ojos
 Atentos á sus pisadas,
 Y por donde quiera orejas
 Que recogen sus palabras;
 Y viendo que ningún fruto
 Les dan sus traidoras mafias
 Le ponen ante su esposa,
 Que al conocer su desgracia,
 Corrió al punto en que Cendejas
 Con la muerte batallaba,
 Y la que creyendo cierta
 Su locura, vierte lágrimas
 Y le dice tiernas frases
 Que el corazón despedazan
 —Conóceme, esposo amado,
 Vé á tus hijas adoradas,
 Una gota de consuelo,
 Vierte, amor mío, en sus ansias.
 Y él con semblante de hielo
 Empuja y brusco rechaza
 A la madre de sus hijas
 Desconociendo su cara.
 ¡Oh! y quién describir pudiera
 Ese tremebundo drama
 Que obscureció la locura
 Con su impenetrable máscara!
 En lo exterior lo grotesco,
 Lo indigno, lo que degrada,
 En lo íntimo la ternura,
 La pasión sin esperanza,
 El beso que se transforma
 En dolorosa mirada;
 Al fin cansada la furia
 De los esbirros que le aislan
 Acuden á la tortura,
 Al azote con instancia,
 Para que á sus compañeros
 El demente delatara;
 Y él ni un soplo, ni un indicio
 Dejó que fuese la causa
 De comprometer á nadie
 Ni envolverlo en su desgracia.

—
 A San Hipólito, entonces,
 Al loco Cendejas mandan

De donde le sacó el pueblo
 Cuando se fugó Santa Anna.

VI

CONCLUSION.

Pasó el tiempo, negras nubes
 Van agrupando los años
 En las lejanas montañas
 De las sombras que pasaron;
 Pero cuando yo recuerdo
 A los varones preclaros
 De las luchas de gigantes,
 Que de Reforma llamaron,
 Siempre recuerdo á Cendejas
 De honra y virtudes dechado,
 Ardiente como patriota,
 A la par modesto y sabio.
 Yo me llamaba su amigo,
 Mi alma le llamó su hermano,
 Y cuando le miro heroico
 Del poder la ira arrostrando
 En su silencio sublime,
 A su locura entregado,
 Su lealtad, y en su martirio
 A sus hijos adorados
 Y á su esposa apasionada
 Con furor atropellando,
 Con silencio reverente
 Preparo palmas y lauros
 Para decorar la losa
 De su sepulcro ignorado.

Agosto 5 de 1895.

